

CRÍTICA DE LA LUNA REPRESENTA MI CORAZÓN

POR MATEO INSAURRALDE

Melodía de una madre

Crítica de *La luna representa mi corazón* (2021) de Juan Martin Hsu

La luna representa mi corazón (2021) es una película documental argentina-taiwanesa dirigida por Juan Martin Hsu. El largometraje narra dos viajes que hace el director desde Buenos Aires a Taiwán para visitar a su madre a la cual no ve desde el 2003, cuando ella decidió volver a su tierra natal mientras sus hijos se quedaron en Argentina. El primer viaje es en el año 2012 y al director sólo lo acompaña su hermano Marcelo. El material del primer viaje es poco y bastante crudo. En cambio, el segundo viaje, realizado en 2019, es el que le brinda casi todo el material a la película y tiene una imagen más trabajada ya que al director, además de su hermano, lo acompaña también un equipo de producción. La película es en cierta manera, un viaje, un viaje por el descubrimiento personal, por el familiar, un viaje inconcluso por el pasado.



Imagen 1. *La luna representa mi corazón* (Juan Martin Hsu, 2021)

La primera conversación seria que tienen madre e hijos es en torno al padre de los hermanos y su asesinato, figura que en primera instancia motiva el viaje. La respuesta, fragmentada e inconclusa se va “revelando” a lo largo de la película. Sin embargo, esta pregunta pasa a un segundo plano luego de la doble respuesta de la madre que dice: “Les pido, no piensen en él” y en el mismo gesto recorta al padre de todas las fotos familiares. Luego de esta respuesta que se condice por la llegada de los títulos iniciales, comienza otra película que busca otras respuestas y se hace otras preguntas. El padre pasa a otro plano y ahora la película ahonda en el conocer y conocerse; identidad y familia. Se inician las visitas a tíos, primos y abuelos (vivos y muertos), y con ellos las historias y confesiones del pasado.

Hay una escena clave, pasando la mitad del largometraje, en el cual los dos hermanos discuten en una habitación de hotel. Allí el director, en el precipicio del plano, casi cayéndose, dice que la película “es la familia, [...] tiene que ver con mamá, con nosotros, con los abuelos”. Afirmación en parte verdadera y en parte no. En parte sí, porque la película se va desplazando en las visitas a tíos, primos y demás; y sus diálogos y respuestas, van revelando parte del pasado. Pero el verdadero motor, quien moviliza esta película es la madre, que escucha sin espanto que su padre era espía, que confiesa sin autocompasión dos intentos de suicidio. Esa madre que aparece en el centro de todos los planos y que circunda todas las conversaciones, incluso en las que no está presente. El despliegue de familiares secundarios es relevante, pero la película no es sobre ellos. *La luna representa mi corazón* es sobre la Señora Chen, el desarraigo de vivir en un país ajeno, su valentía de criar dos hijos en un país extraño y el vínculo inconexo pero apabullante con su hijo Juan Martin Hsu. Porque a pesar de la distancia impuesta por los años y los kilómetros, ese vínculo madre e hijo logra, ahora veremos cómo, las formas de mantener el cariño, de seguir encontrándose. Un vínculo que supera el no-reconocimiento y el enojo de las primeras escenas hasta llegar a reencontrarse en la última escena, en un abrazo de despedida.

18.311 km separan Argentina de Taiwán. 18.311 km y muchas (y onerosas) horas de viaje separan a madre e hijo ¿Cómo se une este vínculo esencialmente separado? Porque no son únicamente los miles de kilómetros, las horas en avión, el cambio horario y los abismos culturales sino también la barrera idiomática. Varias escenas dejan entrever este problema comunicativo: Marcelo y Martin buscando palabras en el celular, la madre confesando que su difunto esposo no la dejó tomar clases de español o recordándoles que ellos no querían aprender chino. ¿Cómo puede mantenerse, como puede seguir construyéndose un vínculo que lo único que parece encontrar son obstáculos y paredes de toda índole?

Tres éxitos del rock nacional argentino suenan en la película: “Seguir viviendo sin tu amor”, “Té para tres” y “El amor después del amor”. Las tres canciones, sumergidas en el inconsciente popular, no suenan en el film en su versión original sino en una versión en chino y con una voz femenina. En este gesto de versionar tres canciones tan representativas del rock argentino, se siente la intención de unificar las dos culturas en las que se ve atrapada la familia. No parece casual la elección de una voz femenina, para reinterpretar tres canciones de cantautores masculinos. Esa voz femenina representaría, y a la vez reflejaría, la voz de la señora Chen. Ella y su voz son el lazo primero entre ambas culturas, que la película intenta representar. Las

voces femeninas que no dominan el español, encuentran en el idioma universal de la música una forma de transmitir un mensaje. La música se hace cargo de la imposibilidad idiomática de decir “te amo”.

La barrera comunicativa encuentra su síntesis por la misma vía (lo oral) pero en distinto código. Lo musical subleva lo idiomático y lo que se presenta como muro, se convierte en puente por la intervención de lo melódico. Si seguimos rastreando, veremos que lo musical se configura como momento de conexión, como termino de unión no solo entre las dos culturas, sino intra-familiarmente. Vemos como estos personajes entablan momentos de conexión y lazos a través de lo melódico.

“月亮代表我的心” es el título de una de las canciones chino-parlantes más populares cuya traducción al español da nombre al film: *La luna representa mi corazón*. Título que teniendo en cuenta este lugar central de lo musical sufre una resignificación. La elección del título se transforma en otra manera de hacer puente entre ambas culturas; la misma operación, pero del otro lado de la moneda, si antes se trataba de unir lo argentino con lo asiático ahora es de unir lo asiático con lo argentino. Dos escenas nos permiten ahondar en esta función de lo musical como entramado intrafamiliar: en un karaoke la señora Chen y su novio cantan juntos la canción que da nombre a la película. Antes, ella habla y baila con algunas mujeres de su familia. Los momentos de fraternización, los momentos de disfrute se producen a través y alrededor de la música y lo que genera. Idiomas universales si los hay.



Imagen 2. *La luna representa mi corazón* (Juan Martin Hsu, 2021)

La otra escena se produce durante el primer viaje, luego de la *small talk* sobre Steve Jobs, luego de la pregunta grave sobre el padre. O sea, luego de la incomodidad del primer encuentro y el enojo por la falta de respuesta, llega el primer momento musical que comparten y disfrutan juntos. Una de las pocas veces en que la madre y los dos hijos comparten plano es, oyendo a Shushu (el novio de la madre), tocar “La luna representa mi corazón”, con la guitarra de Marcelo.

Pero la escena no se agota allí, mientras Shushu hace su interpretación, llegan los títulos que dan lugar al segundo viaje y a la segunda parte de la película que se va a encargarse de explorar distintos aspectos de la primera parte. Luego de los títulos, ya en 2019, la película (y el viaje) retoma donde nos dejó: madre e hijos escuchan a Shushu, que no aparece en cuadro, jugar con la guitarra.

Lo musical funciona como pegamento de la película en varios niveles, no sólo en el aspecto vincular familiar. Dentro del documental se incrustan tres escenas ficcionales, de manera fragmentada y sin ningún hilo particular que conecte la ficción de lo documental, al menos en primera instancia. Un detalle obvio es, a la hora de analizar las canciones y es el momento en que estas se reproducen: cada canción funciona como cierre a cada una de las escenas ficcionales. La música es una herramienta indispensable dentro del lenguaje cinematográfico, necesaria y polifuncional ya que puede cumplir varias funciones, una de las cuales es la de hacer más amable el cambio entre escenas. Función que aparece subrayada y exacerbada dentro de la película. Subrayada, porque al seleccionar tres de las canciones argentinas más populares de los últimos 40 años para cerrar las tres escenas ficcionales, queda expuesta la función conectora de lo musical, quedan a la vista las costuras del artificio.

Exacerbada porque la función está saturada, se la lleva más allá de sus límites, no simplemente une escenas, sino que logra unir ficción con documental. “Seguir viviendo sin tu amor”, “El amor después del amor” y “Té para tres” conectan estos dos planos al mismo tiempo que evidencian el aspecto ficcional de las escenas que cierran. Exacerbada más allá de sus límites, la música también permite entrelazar pasado y presente. En la última escena ficcional se produce un paralelismo entre la señora Chen y una chica taiwanesa llamada Ivy quien se va a mudar a la Argentina y ya sufre los albores del desarraigo. Esta tercera ficción no es un intento de reconstruir el pasado (como lo es la segunda ficción) ya que se ubica en el presente, denotado por los smartphones y la mención a las video llamadas, y además no tiene similitudes específicas más allá de la partida a Argentina. Sin embargo, la película, otra vez a partir de la música arma un puente. Suena “Seguir viviendo sin tu amor”, Ivy, de noche, ve la ciudad en forma de despedida, sabiendo que, al menos por un tiempo, no la volverá a ver. El plano corta, una chica joven, que no es Ivy, ve caer el atardecer en un parque, pero lo que importa no es el parque sino esa cara modulada entre la tristeza y el dolor que mira, con los ojos vacíos y perdidos, a ningún lugar. La música en ningún momento se detiene, pero el plano vuelve a cortar y pasa a la señora Chen, se repite esa cara, se repiten esos ojos perdidos mirando a la nada. Ficción y documental unen ese desarraigo. Pasado y presente parecen conciliarse.



Imagen 3. *La luna representa mi corazón* (Juan Martin Hsu, 2021)

Una pregunta por el padre motiva esta película que termina ubicando en el centro a la madre y la relación con sus hijos. Lo musical aparece como la manera en que Juan Martin Hsu, su hermano Marcelo, su madre y el resto de su familia eligen para compartir juntos. En la película este carácter de la música se ve llevado a su máxima potencia: no sólo es el lugar de encuentro familiar sino el elemento cohesivo de las escenas incompletas y de los elementos heterogéneos de *La luna representa mi corazón*. Pasado y presente, ficción y documental, madre e hijo, Argentina y Taiwan; escenas fragmentarias y preguntas inconclusas, toman forma y significado a través de lo musical.

Discografía

Páez, Fito (1992). Versión anónima de El amor después del amor [Canción]. En *El amor después del amor*. Warner Music

Soda Stereo (1990). Versión anónima de Té para tres [Canción]. En *Canción Animal*. Criteria Recording Studios

Spinetta, Luis Alberto (1991). Versión anónima de Seguir viviendo sin tu amor [Canción]. En *Pelusón of milk*. EMI Argentina

Teng, Teresa (1977) La luna representa mi corazón [Canción]

Mateo Insaurrealde (FFyL, UBA)

mateoinsa@hotmail.com

Estudiante de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Aficionado al cine. Recién está dando sus primeros pasos en materia de investigación y docencia.